



EL RASTRO DIVINO

Contiene á más de las horas de la Pasión y muerte de Jesucristo, la sentencia y pregón de Pilatos: las siete palabras que Jesucristo habló en el santo Arbol de la Cruz y la despedida de la Santísima Virgen de su amado y tierno hijo.

Por el rastro de la sangre que Jesús ha derramado iba la Virgen Maria buscando á su hijo amado.

Por el camino donde iba una mujer ha encontrado: «¿qué haces aquí, mujer, qué haces aquí llorando?»

«¿Me habrías visto pasar mi hijo, Jesús amado?»
«dadme las señas, Señora, de vuestro hijo adorado.»

«Es más blanco que la nieve, más brillante que oro y plata,

á su frente trae el sol e y su cara es de Angel.»

«Por aquí pasó, Señora, por aquí Cristo ha pasado con una Cruz en los hombros y una cadena arrastrando.

Una corona de espinas y su cuerpo maltrado, me ha pedido que le diera un paño de mí tocado.

Para limpiarle el rostro, que lo tenía sudado; tres dobles tenía el paño, tres figuras me han quedado,

Si lo quiere ver, Señora,
aquí lo tengo retratado;
oyendo la Virgen esto,
cayó al suelo desmayada.

San Juan y la Magdalena
ya iban á levantarla;
vamos, vamos, mi Señora,
vamos, pues, presto al Calvario.

Por presto que lleguemos
ya lo habrán crucificado;
ya lo ponen en la Cruz;
ya le clavan los tres clavos.

Ya le dieron la bebida
de amarga hiel vinagre;

ya le dieron la lanzada
á su divino costado.

La sangre que derramó
en el cántiz sobresale;
el hombre que bebe de él
será bienaventurado.

Quien esta oración dirá
todos los viernes del año,
sacará un alma de pena,
la suya, si está en pecado.

La gracia que pedirá
á Dios le será otorgada
la del Padre, la del Hijo
y la del Espíritu Santo.

Horas de la pasión y muerte de Jesucristo

A las siete de la tarde
(para cumplir con la ley)
con sus Apóstoles cena
Jesús de la Gloria Rey.

A las ocho instituyó
el Sacramento más grande,
dándonos su cuerpo y sangre,
regalo que á nadie dió.

A las nueve les mandó
(como el padre más clemente)
que el mismo amor que les tuvo
lo ejerciesen mutuamente.

A las diez entra en el huerto
y solo se pone á orar
nuestro Jesús, porque quiere
á los hombres rescatar.

A las once con su rostro
pegado en el mismo suelo,
sudando gotas de sangre,
en nadie encuentra consuelo.

A las doce lo prendieron
y con las sogas le ataron,
ante Anás lo presentaron,
de bofetadas le dieron.

A la una de la noche
á Caifás fué presentado,
y con pérfida osadía
de blasfemo fué tratado.

A las dos, testigos falsos
le acusan con tiranía,
y san Pedro por tres veces

negó que le conocía.

A las tres ya se veía
sin otro acompañamiento
que los sayones que había
para su mayor tormento.

A las cuatro le vendaron
los ojos y le decían:
«adivina quien te ha dado,»
después que también le herían.

A las cinco se reunieron
de nuevo los magistrados,
y á Jesús comparecieron
sus miembros muy mal tratados.

A las seis se lo presentan
á Pilatos, Presidente,
y éste examinarlo intenta
por si es justo ó deliciente.

A las siete lo presentan
á Herodes, quien lo vistió
con una túnica blanca
porque no le respondió.

A las ocho lo devuelven
á Pilatos, quien dispone
por Barrabás libertarlo,
pero el pueblo se le opone.

A las nueve, cinco mil
y más azotes le dieron,
un rey de burlas lo hicieron
tratándole como á vil.

A las diez Pilatos muestra
al pueblo nuestro Jesús,

y enseguida le sentencia
á morir en una Cruz.

A las once recibió
la Cruz con muchas fatigas,
y hasta el Calvario sufrió
cuatro muy grandes caídas.

A las doce crucifican
al mansísimo Cordero,
y en medio de dos ladrones
erabolan el madero.

A la una de la tarde
le ofrecieron con lisonja
la amarga hiel y vinagre
empapado en una esponja.

A los dos, desde la Cruz
(con indecible tormento)
nuestro buen padre Jesús

nos dejó su testamento.

A las tres murió Jesús,
las criaturas hicieron
sentimientos y muchas almas
al punto se convirtieron.

A las cuatro, con espanto,
un atrevido soldado
ha penetrado el costado
de Jesús nuestro Dios Santo.

A la cinco lo bajaron
de la Cruz, y lo pusieron
en los brazos que le dieron
la carne que destrozaron.

A las seis le colocaron
en un sepulcro excelente,
que al efecto regalaron
á nuestro Jesús clemente.

Sentencia y Pregón de Pilatos

Oiga el cristiano piadoso
la más injusta sentencia
que jamás se ha pronunciado
por los jueces de la tierra.

Contra el Criador del Cielo,
que por el hombre se empeña,
ofreciéndose á morir
con ignominiosa afrenta.

Este es de Poncio Pilato,
gobernador de Judea,
aquel decreto terrible
que lavó las culpas nuestras:

«A ese Jesús Nazareno,
que con oprobio del César
quiere destronar la ley
dándonos una ley nueva.

Al que engañando los pueblos
para que todos lo crean,
pretende que sus encantos
por milagros se le tengan.

Al que aspira, como dice,
á hacerse rey de Judea:

negando por consiguiente
pagar el tributo al César.

Mando que sea llevado
con una Cruz á cuestras,
y con guardias al Calvario
para ser clavado en ella.

Que desnudo se le aumente
su confusión y vergüenza,
siendo sólo dos ladrones
la compañía que tenga.

En seguida el pregonero
con voz que todos entiendan
publicará los delitos
que motivan mi sentencia.

Mando también que ninguno
sea osado ni se atreva
á pedir que no se ejecute
lo que va ordenado en ella.

Pues al que tal intentara
y librarle pretendiera,
desde ahora por traidor
le declararé del César.»

Las siete palabras que Jesucristo habló

en el Santo Arbol de la Cruz

Viernes Santo, ¡qué dolor!
espiró crucificado

Cristo nuestro Redentor;
más antes dijo angustiado

siete palabras de amor.

La primera fué rogar por sus propios enemigos. ¡Oh caridad singular! que los que fueron testigos mucho les hizo admirar.

La segunda, un ladrón hizo su petición eficaz, la que Jesús satisfizo diciéndole: «hoy te verás conmigo en el Paraíso.»

A su Madre la tercera palabra la dirigió, diciéndola recibiera por hijo á Juan, y añadió que por madre la tuviera.

La cuarta á su padre amado dirige con afecto pio, pues viéndose tan angustiado, dijo dos veces: «Dios mio, ¿por qué me habeis desamparado?»

La quinta estando sediento por estar tan desangrado, dijo casi sin aliento: «sed tengo,» y allí le fué dado hiel y vinagre al momento.

La sexta, habiendo acabado y plenamente cumplido todo lo profetizado dijo muy enternecido: «ya está todo consumado.»

La septima con fervor su espíritu entrega á manos de su padre con amor: de esta manera, cristianos, murió nuestro Redentor.

Por las angustias y penas que padeciste, Jesús, en la Cruz, pido de veras merezcamos ver tu luz en las moradas eternas.

Despedida de la Sma. Virgen de su amado y tierno hijo

Oye, alma, la tristeza y la sangre despedida que la madre de pureza hizo de Jesús, su vida, postrada ante su grandeza:

Contemplad cuán dolorida nuestra Madre Soberana, llorando su despedida del hijo de sus entrañas, y de esta suerte decía: «Adiós, Jesús amoroso, adiós, claro sol del alba, adiós, celestial esposo,

de mi virginidad palma, de mi vientre fruto hermoso. Adiós, lucero inmortal, adiós lumbré de mis ojos, que me deja cual rosal entre espinas y en abrojos, en una pena mortal.

Hijo, que á morir te vas, adiós, fin de mis suspiros, ya no te veré jamás, pues nací para serviros y para penar, no más.»

Las siete palabras que Jesucristo habló

en el Santo Arbol de la Cruz

Se vende en la Papelería del Sucesor de A. Bosch, Bou Plaza Nueva, 13, Barcelona

Tipografía D. Casanovas, Hospital, 87, Barcelona